

que el discípulo ha comprendido el asunto á que la pregunta se refiere. Si el maestro quiere cerciorarse de que aquél ha entendido lo que ha leído, debe hacer las preguntas en su lenguaje usual, y exigir la contestación en el que es propio del alumno. Hay casos, sin embargo, en que es necesaria una precisa forma de palabras, como, por ejemplo, para expresar los términos de una definición.

No deben hacerse preguntas á que razonablemente no pueda esperarse que el alumno es capaz de contestar, pues estas conducen á uno de dos resultados: ó á la conjetura por parte de aquél, lo cual constituye un mal hábito, ya considerado intelectual ó moralmente, ó al silencio, que es prueba de desaliento. Cuando una clase es sometida con repetición á un sentimiento de desanimación, la confianza en sí misma sufre un choque, y se destruye la mejor garantía de éxito. El maestro debe abstenerse de estrechar á un alumno con preguntas, sin otro propósito que poner de manifiesto su ignorancia, pues una vez comprendido esto por él, no será culpable si en adelante se muestra remiso en sus contestaciones.

El objeto de todo buen sistema de preguntas es acostumar á los alumnos á pensar con sinceridad, claridad y formalidad, lo cual no es tarea fácil, aun en las más favorables circunstancias. Todas las formas defectuosas de preguntas, á que hemos hecho referencia, se oponen al progreso de los esfuerzos intelectuales del discípulo, y alientan los funestos hábitos de falta de atención, incuria, é indiferencia.

**135. Respuestas.**—El complemento de un buen sistema de preguntar es la habilidad en apreciar debidamente las respuestas.

Lo primero que necesita tener en cuenta el maestro es que su misión no se reduce á recibir las respuestas

que se le ofrezcan, sino que ha de alentar en la clase entera el hábito de contestar. Al efecto ha de demostrar que se promete que todos han de responder á sus preguntas, y dirigirse con especialidad á aquellos que manifiesten tendencias á permanecer en silencio.

Es tan agradable enseñar á los discípulos inteligentes y dispuestos, y tan penoso luchar con los torpes y los negligentes, que no es de extrañar que con frecuencia el maestro dé abrigo á la fuerte tentación de dedicarse á los pocos más brillantes, dejando á la mayoría que adelante como mejor pueda. Con nada podrá probar con más certeza su conciencia y su lealtad, como con el interés que se tome por todos sus discípulos en general; y puede estar seguro de que su trabajo será apreciado más por el buen aspecto de los muchos que por el extraordinario de los pocos. Un buen maestro de escuela es aquel que hace adelantar á los alumnos que son como la generalidad, y uno excelente es el que consigue elevar á los que se hallan bajo aquel nivel. En éstos debe fijar con más preferencia su atención.

Debe animar á todos á tomar parte en el trabajo por el modo con que reciba sus contestaciones; no reprender con dureza á aquellos que estén desacertados; y manifestar su aprobación á todo lo que demuestre un sincero esfuerzo; no expresar sorpresa porque un discípulo ignore alguna cosa, ni tomar las respuestas como cosa corriente; y, por último, no ridiculizar aquellas que no sean acertadas, para lo cual, á la verdad, pocas veces hay legítimo motivo. La experiencia le hará comprender que algunas respuestas de los niños, al parecer extrañas, no están, muchas veces, tan fuera de lugar como á primera vista pueda parecerle, y que por lo general hay en ellas un fondo de razón si las mira de la misma manera que el niño. Necesita ganarse la con-

fianza de sus alumnos para que contesten con gusto y buena voluntad, pues si temen á las consecuencias de cometer una equivocación se harán reservados y recelosos para contestar.

Las dos cualidades características de toda buena respuesta son la meditación y la claridad. Estimule el maestro la meditación, expresando su agrado ante cualquier respuesta que la demuestre, y cuide de no hacer imposible esta cualidad exigiendo una *inmediata* contestación á sus preguntas. En muchos casos esta es de tal naturaleza, que admite semejante apresuramiento, pero en aquellos en que se requiera la reflexión, no sólo no debe exigir una precipitada respuesta, sino que no debe aceptarla sin que haya transcurrido el debido tiempo para ser meditada. Esta práctica, además de aumentar el número de respuestas acertadas, tenderá á infundir en el alumno el tan recomendable hábito de pensar antes de hablar.

No hay contestación que sea satisfactoria si no es clara y distinta. El alumno con frecuencia insinúa más bien que emite su respuesta, en la esperanza de que el maestro suplirá lo que falte, dándole la forma deseada, y muy á menudo logra su objeto. Semejantes contestaciones no deben ser aceptadas. Debe insistirse en que diga clara y distintamente lo que tenga que decir, ya para este propósito sean suficientes las palabras sencillas, como sucede tratándose de los niños más pequeños, ya se requieran frases, sentencias, y hasta párrafos enteros, como con frecuencia ocurre con los más adelantados. Esto les obliga á pensar también con claridad, y los acostumbra á expresarse con facilidad, mientras que demostrando el verdadero grado de conocimiento del asunto, facilita al maestro el modo de dar la instrucción que sea más necesaria. No es raro tropezar con una

práctica en la recepción de las contestaciones, que consiste en rechazar todas aquellas que difieren de la particular que el maestro desea. Esto podrá ser agradable para él, pero no es justo, ni provechoso para el discípulo. Diferentes capacidades y temperamentos pueden ver un mismo hecho bajo aspectos distintos, y cada alumno puede expresarlo bajo aquel que hiera su inteligencia, la cual será más bien reprimida que desarrollada si el maestro coarta la libre expresión del pensamiento. Otros hay que pecan por el extremo opuesto, y en virtud de un espíritu poco escrupuloso, y un débil é inactivo modo de proceder, se hallan siempre dispuestos á aceptar aquello que se les ofrece. Ambas prácticas, igualmente desacertadas, indican una absoluta carencia de recursos para obtener contestaciones que es lo que constituye el elemento más importante del arte de enseñar.

Todas las respuestas contienen, ó la verdad en diversos grados, ó el error completo, ó la verdad en absoluto, y todas en estos casos demuestran varios grados de meditación. El maestro debe por lo mismo juzgarlas doblemente: la verdad que encierran, y el trabajo de imaginación de que son resultado. Si una es correcta en absoluto no debe ser rechazada. Si lo es hasta cierto punto, debe separarse la verdad del error, si es posible por el mismo alumno, y si no por sus compañeros, lo cual producirá un ejercicio de imaginación y conducirá á la enmienda, siendo conveniente hacer otras preguntas sobre el mismo asunto para obtener el resultado.

Una respuesta puede ser completamente desacertada, y sin embargo tener el mérito de haber sido meditada, lo cual debe ser reconocido por el maestro. Semejantes contestaciones suelen con frecuencia ser provechosas para la instrucción, pues sugieren nuevos medios de pensar en el asunto, que pudieran no ocurrírsele al maestro

mismo, ofreciendo oportunidades de corregir defectos en el modo de razonar del alumno.

Las respuestas verdaderamente acertadas deben recibir una especial palabra de recomendación, y, por el contrario, las impertinentes, ó las dadas como por casualidad, demostrando una notable falta de atención, y hasta una marcada incuria, no sólo no deben pasarse por alto, sino que deben ser reprimidas seriamente. Si se toleran una vez siquiera, tenderán á multiplicarse. Hay que considerarlas, por lo tanto, como ofensas hechas al carácter de la clase. En una bien dirigida, el deseo de buen comportamiento por parte de los alumnos se dejará sentir de tal modo, que aquellas contestaciones serán, comparativamente, muy escasas.

**136. Facilidad de una correcta expresión.**—El lenguaje usado por el maestro, no sólo es el medio de comunicar la instrucción á sus discípulos, sino un ejemplo cuya imitación los ha de guiar para adquirir la facultad de expresarse con propiedad. Ambos objetos tienen la misma importancia.

Dicho lenguaje debe ser correcto en cuanto á *pronunciación*, no sólo en las lecciones de castellano, en que precisamente está enseñando ésto, sino en todas las demás. La buena pronunciación la han de adquirir sus discípulos por la que él ordinariamente emplee. Debe ser igualmente correcto en cuanto á *gramática*, pues aquellos aprenden á hablar gramaticalmente más por imitación que por reglas. Y, por último, debe ser correcto en la *expresión*, huyendo de la familiar y vulgar fraseología. El maestro ha de esforzarse siempre en tratar de elevar á los discípulos á su nivel en cuanto á corrección en el lenguaje, en vez de descender al de aquéllos.

La facultad de expresarse correctamente es indispen-

sable para el buen éxito del maestro. Necesita muchas veces tratar un mismo asunto bajo diferentes formas, de acuerdo con la capacidad de sus alumnos y con el objeto de cada lección, y sólo de su facilidad para expresarse dependerá la atención de aquéllos y la inteligencia del asunto. La lentitud ó la inseguridad destruirán inevitablemente el interés.

No debe ser redundante: hablar demasiado es tan defectuoso en el maestro, como hablar excesivamente poco; ambas cosas constituyen un impedimento á la actividad mental de los alumnos. Dos importantes consideraciones debe tener presentes: 1ª. No es correcto explicar con excesiva minuciosidad los más pequeños detalles de un asunto. La imaginación, aunque sea la de un niño, ni requiere, ni desea ser privada tan por completo de todo esfuerzo; gusta de contribuir con algo por su parte, y hasta esto constituye mucho de su placer al aprender. 2ª. La explicación, más allá de cierto límite, confunde en vez de enseñar. Una incesante charla altera de tal modo el punto de vista del alumno con respecto al asunto, que le impide apreciarlo con claridad y precisión. El maestro, por lo tanto, debe coordinar previamente aquello que va á explicar, y fijar de una manera general lo que más adecuadamente debe decir.

Podrá suceder que la clase no lo comprenda, á pesar de una clara explicación, en cuyo caso el remedio no está en explanar más aquélla, sino en tener paciencia, y dejar á la clase que reflexione un rato, para volver luego al mismo tema.

La causa principal de la redundancia es la falta de precisión. Cuando el maestro tiene conciencia de que no ha dicho lo que intentaba decir, lo natural es que vuelva sobre el mismo asunto con la esperanza de la enmienda, pero, suponiendo que la logre, la previa imper-

fecta relación permanecerá como un obstáculo para el efecto de la segunda. No debe, por lo tanto, decir más ni menos que aquello que sea preciso para la explicación del asunto que está tratando.

**137. Acertada elección de lenguaje.**—No podemos hablar de las cualidades características del lenguaje que debe usarse en la enseñanza de los niños, sin hacer referencia á las materias de que aquel lenguaje ha de tratar.

Por lo que oyen y hiere sus sentidos, es como los niños adquieren la facultad de expresarse con propiedad. Si no oyesen más que discursos acerca de asuntos abstractos y cosas invisibles, nunca la adquirirían. El maestro ha de procurar que su lenguaje se adapte perfectamente al objeto de que esté tratando.

Si juzgamos la práctica que se sigue en las escuelas, notaremos que no es infrecuente ver desatendido el hecho de que los niños no adquieren aquella facultad por el estudio de las palabras independientemente, sino por la familiaridad con el lenguaje en general; que aprenden las partes por el todo, y no el todo por las partes. Generalmente prevalece la idea de que no debe hacerse uso de las palabras hasta que han sido explicadas, lo cual, si no fuera simplemente imposible, impediría por completo la adquisición del lenguaje. El uso de las palabras se aprende gradualmente por una inferencia de su significado al oirlas aplicadas á objetos que se hallan al alcance de nuestra comprensión, y en conexión inteligible y sugestiva. No otro procedimiento que el de una activa inferencia propia, puede facilitar al niño aquella completa é instantánea autoridad sobre las palabras, que es indispensable para todo eficaz uso del lenguaje. La regla de que no deben usarse palabras extrañas ó desconocidas para el niño es completamente antifilosófica.

Acerca del particular, dice Mr. Abbott, con su reconocido y profundo conocimiento práctico:

“No deben hacerse esfuerzos por simplificar el lenguaje. Los niños, á menos que sean muy pequeños, siempre observan ésto, y siempre les desagrada, y, por otra parte, no es necesario. Ellos son capaces de entender el lenguaje ordinario, si el *asunto* está dentro de su comprensión, y tratado de una manera adaptada á sus facultades. Si se duda de ello, cuéntese á un niño, aunque sólo tenga dos ó tres años de edad, un cuento por el estilo del siguiente, con expresión, y con una gesticulación adecuada:

“Yo ví el otro día en la calle un enorme perro que vagaba tranquilamente sin objeto, hasta que percibió un voluminoso pedazo de carne en el suelo. Lo agarró instantáneamente con los dientes, y corrió con toda velocidad hasta que desapareció por la esquina inmediata, y no pude verlo más.”

“En esta descripción hay muchas palabras que semejante niño no podría comprender si se le presentasen aisladas, pero el todo le será perfectamente inteligible. La razón es la siguiente: el *asunto* es sencillo; los hechos son de tal naturaleza que le interesarán, por pequeño que sea; y la conexión de cada palabra nueva, casi en todos los casos, explica su significado. De este modo es como los niños aprenden el lenguaje. Aprenden el significado de las palabras, no por definiciones, sino por su conexión en los períodos en que las ven aplicadas; y con la práctica prolongada adquieren una pasmosa facilidad para ello. Es verdad que algunas veces se equivocan, pero no con frecuencia.”

No debe el maestro suponer por lo dicho que está en libertad de introducir en sus explicaciones todas las palabras que se le ocurran. Si el asunto es inteligible, y la estructura de su lenguaje adaptable á la capacidad de sus alumnos, no es necesario que se aparte de su camino para buscar palabras especiales, toda vez que la inteligencia del sentido del asunto les conducirá á comprender el de cada una en particular. *Sentirán*, por decirlo

así, la idea que aquella denota, y la conectarán con su signo. Tampoco por esto debe dejarse de explicar cualquier palabra especial que lo requiera, lo cual, con frecuencia es necesario. Por otra parte, si el lenguaje del maestro, en su general conexión, no es claro para los alumnos, incurrirán forzosamente en las más extraordinarias equivocaciones respecto al sentido de determinadas palabras. Téngase presente que el carácter de aquel lenguaje no ha de ser juzgado por la sencillez de las palabras aisladamente, sino por la de su estructura en general.

**138. Las buenas maneras en la enseñanza.**—Todos somos sensibles á la influencia de las buenas maneras, y los niños lo son hasta un extremo, que viene á ser importante observar cuales son los elementos que las constituyen en la enseñanza.

El principal fundamento de ellas es un buen carácter, manifestado en la animación en todas las circunstancias de la escuela, y en la paciencia con los traviesos y con los torpes. Estas cualidades inspiran á los alumnos confianza en su maestro, complacencia en el estudio, y deseo de obrar bien, lo cual constituye casi una completa garantía de una próspera instrucción. Por el contrario, un carácter taciturno y mal humorado engendra otro semejante en los discípulos; unos fríos y antipáticos modales les desalientan en sus esfuerzos; y la ira, llenándoles de miedo, les incapacita de hacer y decir lo que está completamente dentro de sus facultades.

Para enseñar con éxito se requiere un perfecto dominio de sí mismo, y facilidad de recursos. El que no tiene confianza en sí mismo, no puede esperar que los demás la tengan en él, y la ausencia de aquella cualidad se manifiesta infaliblemente en la mirada y en la expresión, apercibiéndose de ello hasta los niños más peque-

ños. Al maestro no le deben afectar las interrupciones, sino que debe hallarse siempre dispuesto á detenerse en cualquier momento, volver sobre sus pasos, y apartarse de su camino para hacer cualquiera explicación que se le ocurra de pasada, reasumiendo el curso de la lección en el punto en que la dejó interrumpida. En particular, como ya hemos dicho, debe hallarse siempre dispuesto para toda posible contestación por parte de la clase, y pronto á apreciarla debidamente.

La animación y viveza de maneras es indispensable para tratar con aquellos que por naturaleza son vivos, como los niños. Este hábito no consiste en desplegar una mera actividad física, pues se pueden usar unas maneras ruidosas, y elevar mucho la voz, sin que haya ninguna vivacidad real, que tampoco debe estar desprovista de cierto grado de energía. Es verdad que se puede ganar la atención de una clase con unos tranquilos y apacibles modales, pero para enseñar con el corazón es necesaria cierta vehemencia acompañada de un tono y acción simpáticos. Los modales del maestro deben ser resueltos é imperativos. Mientras que su éxito depende en primer lugar del interés que sepa dar á las lecciones, y de la animación de sus modales para ganarse la atención de sus discípulos, su autoridad es la base de su influencia. No debe aparecer ante ellos como suplicando el interés, sino como el que tiene el poder de exigirlo, haciendo, sin embargo, para sí, la debida distinción entre lo que es poseer autoridad y hacer un constante alarde de ella; si realmente la posee, ella se hará sentir por sí sola, sin que sea necesario que la nombre mucho. El modo de ejercerla convenientemente es haciendo comprender bien á sus alumnos la manera como desea que cumplan sus deberes en todas las circunstancias.

Por último, sus modales han de ser correctos. La

animación y la viveza son perfectamente compatibles con la propiedad. Por lo mismo que debe desear que sus discípulos eviten toda actitud y gestos descorteses ó impropios, debe cuidarse de dar el ejemplo. Puede mostrarse con ellos natural, y hasta familiar, sin renunciar por eso á la dignidad de su posición.

**139. La economía de tiempo en la enseñanza.**—La instrucción no depende del tiempo que á ella se dedica. Su calidad es lo que hay que considerar, más bien que su cantidad. El maestro no debe nunca olvidar que las horas de escuela son preciosas, y debe aprovecharlas cuanto le sea posible, teniendo á sus alumnos constantemente ocupados, y haciendo uso del método de enseñanza más adecuado. Varios de éstos, buenos en sí, tienen que ser desechados por aquella consideración. No debe malgastar el tiempo dedicándolo á asuntos que no sean esenciales, ni usar más ilustraciones que las que sean necesarias, ni apartarse del objeto principal con circunquios y repeticiones, ni enseñar con imperfectos conocimientos de las materias, deteniéndose en sus preguntas y dejando de aprovechar rápidamente las contestaciones de sus discípulos. Saber enseñar en la escuela es saber hacer un buen uso del tiempo de que se puede disponer.

**140. Cualidades personales para enseñar.**—Todo buen maestro, y especialmente los que aspiran á esta profesión, deberá fijarse en las reglas y principios que hemos procurado exponer, y que son de universal aplicación, como sugeridos por la constitución de la inteligencia del niño. Pero no podemos prometerles que esto solo les asegure el éxito, pues es necesario poseer ciertas cualidades naturales, sin las que nunca se obtendrán sino muy limitados frutos del trabajo.

El buen maestro ha de poseer dos cualidades esenciales de temperamento : simpatía por los niños, y energía

de carácter. La primera le facilitará penetrar los pensamientos y sentimientos de sus discípulos, y le sugerirá los medios de adaptarse á sus exigencias, dedicándose al trabajo con verdadero amor ; y la segunda es el origen de aquel entusiasmo por su profesión, que le reviste de un incuestionable poder sobre las disposiciones morales é intelectuales de sus alumnos.

La Naturaleza ha otorgado estos dones, como todos los demás, en diferentes grados á diversos hombres, haciendo á unos más idóneos que á otros para la enseñanza, pero, en cualquiera medida en que aquellos se posean, se acrecentarán en todo el que, con inteligente y resuelto propósito, no pierda nunca de vista su propia educación.